á cubrirse el rostro con el sombrero para ocultar sus lágrimas. Oyéronse en la parte exterior algunos gritos insultantes cuando el cuerpo entró en la iglesia; pero sabido es que Colbert y Luis XIV no fueron mas respetados. Los vivos nada pueden enseñar á los muertos; los muertos, por el contrario, son los que instruyen á los vivos.

NUEVA CARTA DE MR. DE MONTMORENCY. —VIAJE Á HARTWEL.—BILLETE DE MR. DE VILLELE ANUNCIÁNDOME MI NOMBRAMIENTO PARA EL CONGRESO.

Carta de Mr. de Montmorency.

París 17 de agosto.

«Aunque no hay comunicaciones importantes que confiar á vuestro fiel Jacinto, le hago marchar, noble vizconde, en virtud de vuestro deseo y del que me ha manifestado de parte de vuestra esposa, de saber que se hallará pronto á vuestro lado. Aprovecho la ocasion para dirigiros algunas palabras confidenciales acerca de la profunda impresion que nos ha causado la terrible muerte del marqués de Londonderry, y tambien respecto á otro asunto, en el cual parece que os interesais de un modo exagerado y exclusivo. El consejo ha aprovechado estos dias, despues de la clausura que se ha verificado hoy, para discutir las direcciones principales, las instrucciones que se han de dar y aun las personas que deben elegirse: la primera cuestion es saber si ha de ser una ó varias. Me parece que habeis expresado alguna vez vuestra admiracion de que se pudiese pensar en... Si despues de un maduro exámen no creyésemos posible aprovecharnos de la buena voluntad que francamente nos habeis manifestado en este asunto, serian necesarios para nuestra determinacion graves motivos que con igual franqueza os comunicaria. El aplazamiento, por el contrario, es favorable á vuestro deseo, porque seria poco conveniente para todos que saliéseis de Londres antes de la decision ministerial, que no deja de ocupar á todos los gabinetes. Esto llama tanto la atencion, que varios amigos me han dicho: si Mr. de Chateaubriand hubiese venido ya á París, seria para él muy fastidioso tener que volverse hoy precipitadamente á Londres. Esperamos, pues, ese nombramiento importante cuando el rey vuelva de Edimburgo. El caballero Stuart decia ayer que el duque de Wellington irá probablemente al congreso, y esto nos importa mucho saberlo cuanto antes. Mr. Hyde de Neuville llegó ayer en completa salud, y me alegré mucho al verle. Os renuevo, noble vizconde, la seguridad de mis inviolables sentimientos.

«MONTMORENCY.»

Esta nueva carta de Mr. de Montmorency, salpicada de algunas frases irónicas, me confirmó en la idea de que no queria que fuese yo al congreso.

El dia de San Luis di una comida en honor de Luis XVIII, y fui á Hartwell en memoria del destierro de este rey, cumpliendo un deber mas bien que satisfaciendo un capricho: los infortunios reales son al presente tan comunes, que nadie se interesa por los sitios en que no han habitado el genio ó la virtud. Solo vi en el triste parque de Hartwell á la hija de Luis XVI.

Por último, recibí el siguiente billete inesperado de Mr. de Villele, que puso fin á mi incertidumbre.

27 de agosto de 1822.

«Mi querido Chateaubriand: Se ha dispuesto que en cuanto la conveniencia relativa á la vuelta del rey á Londres os lo permita, se os autorizará para venir á París, á fin de que partais en seguida á Viena ó Verona, como uno de los tres plenipotenciarios encargados de representar á la Francia en el congreso: los otros dos serán MM. de Caraman y de La Ferronnays lo cual no impide que Mr. de Montmorency marche pasado mañana á Viena, con el objeto de asistir á las conferencias que en dicha ciudad puedan celebrarse antes de que se instale el congreso. Volverá á París cuando partan los soberanos para Verona.

»Me felicito de que este asunto haya terminado á medida de vuestro deseo.»

En vista del contenido de esta carta, me preparé á marchar.

FIN DE LA VIEJA INGLATERRA.—CARLOTA.—REFLEXIONES. —SALGO DE LONDRES.

Con lord Londonderry espiró la vieja Inglaterra, que hasta entonces habia luchado en medio de crecientes innovaciones. Sucedióle Mr. Canning, cuyo amor propio le hizo hablar en la tribuna el idioma de la propaganda. Apareció despues el duque Wellington, conservador que se presentaba á destruir porque cuando la sociedad pronuncia una sentencia, la mano que debe edificar solo sabe demoler. Lord Gray, O'Connell, todos estos trabajadores de ruinas contribuyeron sucesivamente á la destruccion de las antiguas instituciones. Reforma parlamentaria, emancipacion de la Irlanda, cosas buenas en sí mismas, se convirtieron, por los malos tiempos, en principios de desórden. El temor acrecentó los males, porque si se hubiesen perturbado los ánimos con las amenazas, se hubiera podido resistir con esperanzas de algun éxito. ¿Qué necesidad tenia la Inglaterra de consentir nuestras últimas turbulencias? Ella se encontraba al abrigo encerrada en su isla y en medio de sus enemistades nacionales. ¿Qué necesidad tenia el gabinete de Saint-James de temer la separacion de la Irlanda? Esta nacion no es mas que la canoa de la Inglaterra: cortad la amarra, y la canoa separada del navío, irá á perderse entre las olas. Lord Liverpool tenia tristes presentimientos. Comí un dia en su casa, y despues nos pusimos á hablar al lado de una ventana que daba al Támesis: no pude menos de elogiar la solidez de la monarquía inglesa, ponderada por el equilibrio exacto de la libertad y del poder; pero el venerable lord, extendiendo el brazo hácia los edificios que se divisaban, me dijo: —¿Qué es lo que conserva solidez en una ciudad tan vasta? Si acaeciera una insurreccion séria en Lóndres, todo se perderia.

Me parece que acabo de estudiar á la Inglaterra, como estudié en otro tiempo en las ruinas de Atenas de Jerusalen, de Memfis y de Cartago. Repasando los siglos de Albion, viéndolos abismarse uno tras otro, experimento una especie de vértigo doloroso. ¿Qué se han hecho aquellos brillantes y tumultuosos dias en que vivieron Shakspeare, Milton, Enrique VIII é Isabel, Cromwell y Guillermo, Pitt y Burk? Todo ha concluido; superioridades y medianías, odios y amores, felicidades y miserias, opresores y oprimidos, verdugos y víctimas, reyes y pueblos; todo duerme en el mismo silencio y en el mismo polvo.

¡Cuántas veces ha sido destruida la Inglaterra en el espacio de algunos centenares de años! ¡Por cuántas revoluciones ha pasado para llegar á una revolucion mas grande, mas profunda, que abrazará á la posteridad! Yo he visto en todo su poderío los famosos parlamentos británicos. ¿En qué se convertirán? He visto la Inglaterra con sus antiguas costumbres y su antigua prosperidad: en todas partes la iglesia solitaria con su torrecilla, prados llenos de vacas, el cementerio de Gray, caminos estrechos y arenosos, parques, palacios y quintas, pocos bosques, pocas aves y el viento del mar. No eran los campos de la Andalucía, donde solia encontrar á los cristianos viejos y los jóvenes amores entre las voluptuosas ruinas de los palacios moriscos, entre los aloes y las palmeras.

¿Quid dignum memorare tuis, Hispania, terris
Vox humana valet?»

«¿Qué voz humana, oh España, merece el alto honor de recordarnos tus praderas?

Tampoco era aquella la campiña romana cuyo irresistible encanto jamás puedo olvidar: aquellas olas y aquel sol no eran los que bañan é iluminan el promontorio, sobre el cual enseñaba Platon á sus discípulos; pero, en fin, tal cual era aquella Inglaterra, rodeada por el mar, cubierta de buques y profesando el culto de sus grandes hombres, era hermosa y temible.

Hoy se ven oscurecidas sus praderas por el humo de sus inmensas fraguas: sus colegios y sus capillas góticas, medio abandonadas, contristan la vista, y en sus cláustros, al lado de las piedras sepulcrales de la edad media, descansan olvidados los anales de mármol de los antiguos pueblos de la Grecia, como ruinas guardadas por otras ruinas.

Me separé por segunda vez de mi juventud en la misma ribera donde la habia abandonado la vez primera. Carlota habia vuelto á reaparecer como ese astro, contento de las sombras, que se levanta entre las tinieblas de la noche. Si no estais fatigados, buscad en estas *Memorias* el efecto que produjo en mi ánimo en 1822 la presencia de esta mujer. Cuando me divisó en otro tiempo, yo no conocia á esas inglesas que me rodeaban en tropel cuando me veian célebre y poderoso: sus homenajes tuvieron toda la versatilidad y ligereza de mi suerte. Hoy, despues que han pasado seis años desde que cesé de ser embajador en Londres, mis miradas se dirigen todavía á la hija del país de Desdemona y de Julieta: su inesperada presencia avivó la llama de mis recuerdos. Nuevo Epiménides, despierto despues de un largo sueño, fijo la vista en un faro, tanto mas radiante, cuanto que los otros se han eclipsado ya; uno solo brillará para mí durante mucho tiempo.

No he concluido de escribir en las páginas anteriores todo lo que concierne á Carlota: fué á verme á Francia con parte de su familia, cuando era ministro en 1823. Por uno de esos misterios inexplicables del hombre, hallándome enteramente absorto en una guerra, de la cual dependia la suerte de la monarquía francesa, alguna expresion faltaria sin duda á mi voz, pues Carlota, al volver á Inglaterra, me dejó una carta, en la cual se manifiesta herida por mi recepcion. Yo no me he atrevido á escribirle ni á enviarle los fragmentos literarios que me habia entregado y que le habia prometido entregar aumentados. Si es cierto que ella tuviese un motivo verdadero para quejarse, arrojaria al fuego cuanto he referido de mi primera residencia en Ultramar.

Muchas veces he tenido el pensamiento de ir á aclarar mis dudas; pero ¿podria volver á Inglaterra, yo que no me atrevo á visitar la roca paterna, en la cual he trazado mi sepulcro? Ahora tengo miedo de las sensaciones, pues robándome el tiempo mis mejores años, me parezco á esos soldados, cuyos miembros han quedado en el campo de batalla: como mi sangre tiene un camino menos largo que recorrer, se precipita en mi corazon con una afluencia tan rápida, que este viejo órgano de mis placeres y de mis dolores palpita como si fuese á quebrarse. El deseo de quemar lo que se refiere á Carlota, aun cuando la trato con religioso respeto, se mezcla al deseo que tengo de inutilizar estas *Memorias*, si hoy me perteneciesen; si pudiera volver á comprarlas, sucumbiria á la tentacion. Me acosa tan grande disgusto de todo, siento tanto desprecio por lo presente y por el porvenir inmediato, que me avergüenzo de emplear mis últimos momentos en referir cosas pasadas, en pintar un mundo gastado, cuyo nombre é idioma nunca se comprenderan.

El hombre se engaña tanto por el logro de sus deseos como por el desengaño; yo habia deseado, contra mi instinto natural, ir al Congreso, y aprovechando una prevencion de Mr. de Villele, le conduje hasta el punto de obtener la firma de Mr. de Montmorency. Y sin embargo, no me inclinaba yo verdaderamente á lo que habia obtenido: sin duda me hubiera picado si se me hubiese hecho quedar en Inglaterra; pero la idea de ver á Mad. Sutton y la de viajar por los tres reinos hubieran triunfado de una ambicion que no es adherente á mi naturaleza. Dios lo dispuso de otro modo, y partí para Verona: de aquí dimanan el cambio de mi vida, la guerra de España, mi triunfo, mi caida y la de la monarquía.

Uno de los dos lindos niños que me recomendó Carlota en 1822 acaba de verme en París: hoy es el capitan Sutton, y está casado con una hermosa jóven: me ha dicho que su madre, muy enferma, ha pasado últimamente un invierno en Lóndres.

Me embarqué en Douvres el 8 de setiembre de 1822, desde donde veinte y dos años antes se dió á la vela Mr. Lassagne. Desde aquella fecha hasta el presente han pasado treinta y nueve años. Cuando uno fija su atencion en la vida pasada cree ver sobre la vasta soledad del mar los restos de un buque que ha desaparecido; ú oir el fúnebre clamoreo de una campana sin ver la ruinosa torre que la sostiene.

1824, 1825, 1826 Y 1827.

Revisado en diciembre de 1846.

LIBERTAD DEL REY DE ESPAÑA.—MI DESTITUCION.

Aquí viene á colocarse por órden de fechas el *Congreso de Verona*, que he publicado en dos tomos separados. Mi guerra de España, el gran acontecimiento político de mi vida era una empresa gigantesca. La legitimidad iba á combatir por la vez primera bajo la bandera blanca, y á disparar cañonazos despues de los cañonazos del imperio que resonaran en la posteridad. Ocupar de un golpe la España; triunfar en el mismo suelo en que un conquistador habia sufrido reveses; hacer en pocos meses lo que él no pudo hacer en siete años, ¿quién hubiera podido aspirar á semejante prodigio? Yo lo pretendí, pero ¡cuántas maldiciones han caido sobre mi cabeza en la mesa de juego en que la restauracion me habia colocado! Tenia delante de mí á la Francia, enemiga de los Borbones, y á dos ministros extranjeros, el príncipe de Metternich y monsieur Canning. No trascurria dia sin que recibiese cartas en que se me anunciaba una catástrofe, porque la guerra con la España no era popular en Francia ni en Europa. En efecto, no tardó en verificarse mi caida, poco despues de mi triunfo en la Península.

Despues del anuncio de la libertad del rey de España, dado por el telégrafo, fuimos los ministros á palacio llenos de ardor, y entonces tuve el presentimiento de mi caida. El rey y *Monsieur* no nos divisaron: la duquesa de Angulema, absorta con el triunfo de su esposo, á nadie veia. Esta víctima inmortal escribió acerca de la libertad de Fernando una carta, que concluia con esta exclamacion, sublime en la boca de la hija de Luis XVI. «¡Queda ya demostrado que se puede salvar á un rey desgraciado!»

El domingo antes de asistir al consejo fuí á visitar á la familia real: la augusta princesa dirigió á mis colegas algunas palabras, y á mí ninguna. Sin duda yo no merecia igual honor: el silencio de la huérfana del Temple nunca puede ser ingrato.

Así seguimos hasta Pentecostés; mis amigos no de-

jaban de estar inquietos, y me decian continuamente:—«Sereis destituido mañana.—Si quieren, contestaba yo, que lo hagan ahora mismo.» El dia de Pascua, 6 de junio de 1824, entré en el salon de *Monsieur*, y un ugier fue á decirme que me llamaban. Era mi secretario, Jacinto, el cual me dijo que ya no era yo ministro. Abrí el pliego que me entregó, y encontré este billete de Mr. de Villele:

«Señor vizconde: Obedezco las órdenes del rey al trasmitir á V. E. un decreto que acaba de firmar S. M.

»El señor conde de Villele, presidente de nuestro consejo de ministros, queda encargado interinamente del ministerio de Negocios Extranjeros, en reemplazo del señor vizconde de Chateaubriand.»

El decreto estaba escrito por Mr. de Renneville, que tuvo por conveniente evitar abochornarse delante de mí. ¿Por ventura le conozco? ¿He pensado en él alguna vez? Le encuentro muchas veces; pero, ¿ha sospechado que soy sabedor de que el decreto, que me ha borrado de la lista de los ministros estaba escrito de su puño?

¿Y qué era lo que yo habia hecho? ¿En dónde estaban mis intrigas y mi ambicion? ¿Habia deseado la plaza de Mr. de Villele, yendo solo y de incógnito á pasearme por el bosque de Boloña? Esta conducta extraña me perdió, pues tuve la simpleza de mostrarme como la naturaleza me habia hecho, y por lo mismo que nada envidiaba, se creyó que lo queria todo. Ahora conozco que la vida que yo llevaba era una falta. ¡Cómo! ¿Nada quereis ser? Marchad de aquí. No queremos que un hombre desprecie lo que nosotros adoramos, y que se crea facultado para insultar nuestra medianía.

El embarazo de la riqueza y los inconvenientes de la miseria me siguieron á mi casa de la calle de la Universidad. El dia de mi destitucion tenia convite en el ministerio, y me fue preciso pasar aviso á los convidados y volver á guardar el servicio dispuesto para cuarenta personas. Un antiguo amigo participó de la comida del ex-ministro. La ciudad y la córte se admiraron del suceso, pues todos convinieron en que no era procedente mi caida despues del servicio que acababa de prestar; creian que mi desgracia seria de corta duracion, y se daban muchos gran importancia consolando un infortunio de pocos dias, al cabo de los cuales suponian que yo volveria al ministerio.

Se engañaban; contaron con mi pusilanimidad; llegaron á figurarse que besaria los piés de los que me habian arrojado, y esto era no conocerme. Me retiré sin reclamar lo que se me debia, sin recibir el mas pequeño favor de la córte; cerré la puerta á los que me habian hecho traicion; rehusé todo consuelo, y eché mano á las armas. En vista de esto cambió enteramente la escena: fuí blanco de la crítica universal, y mi jugada que por de pronto habia parecido tan brillante en los salones y antesalas tomó un aspecto horrible.

¿No hubiera obrado mejor callando despues de mi destitucion? El proceder que se habia tenido conmigo, ¿me hubiera conquistado el favor público? Mr. de Villele me ha repetido que su billete se habia retrasado, por lo cual me fue entregado en palacio. Tal vez seria asi; pero cuando se juega se debe calcular todo, y por último, no se escribe á un amigo que vale algo una carta semejante. Pero la irritacion del partido Villele era grande contra mí, porque queria apropiarse mi obra, y porque yo habia manifestado entender ciertas materias que suponian ignoraba completamente.

Sin duda que el silencio y la moderacion, como se decia, me hubieran ganado el amor de los que siempre adoran al que es ministro, y haciendo sufrir á mi inocencia, tal vez hubiera vuelto á entrar en el consejo. Esto estaba en el órden comun de las cosas; pero era hacerme aparecer como no soy, y suponerme capaz de querer apoderarme del timon del Estado.

La idea que tenia del gobierno representativo me condujo á la oposicion: la oposicion sistemática es la única propia de esta clase de gobierno, porque la de conciencia es impotente. Es indispensable elegir un gefe, justo apreciador de las buenas y de las malas leyes: si esto no se hace, cada diputado equivoca su ignorancia con su conciencia, y la pone en la urna. La oposicion de conciencia consiste en flotar entre los partidos, en tascar el freno, en votar segun las circunstancias y en mostrarse magnánimo á despecho del corazon. Mientras la Inglaterra ha permanecido grande, solo ha conocido la oposicion sistemática: los ministros entraban y salian con sus amigos, y al dejar las carteras se sentaban en el banco de los que hacian la guerra. El que descendia por no haber querido aceptar un sistema, debia combatirlo desde la tribuna si dicho sistema prevalecia en el gobierno, porque los hombres solo representaban principios, y la oposicion sistemática los ataca cuando presenta la batalla al ministerio, cuyos principios se oponen á los suyos.

LA OPOSICION ME SIGUE.

Mi caida hizo gran ruido: los que se mostraban mas satisfechos de ella censuraban la forma. Despues he sabido que Mr. de Villele titubeó: Mr. de Corbiere decidió la cuestion:—«Si entra por una puerta en el consejo, debió decir, salgo por la otra.» Dejáronme salir: era cosa muy sencilla que Mr. de Corbiere fuese preferido á mí. No por eso le quise mal: yo le incomodaba, y me hizo despedir: hizo bien.

Al dia inmediato á mi caida y los siguientes se leian en el *Diario de los Debates* estas palabras, tan honrosas para MM. Bertin:

«Por segunda vez ha sufrido Mr. de Chateaubriand la prueba de una destitucion solemne.

»En 1816 fue destituido como ministro de Estado por haber atacado con su inmortal obra de *La Monarquia segun la carta* la famosa ordenanza de 5 de setiembre, que pronunciaba la disolucion de la Cámara sin igual de 1815. MM. de Villele y Corbiere eran á la sazon simples diputados, gefes de la oposicion realista, y por haber abrazado su defensa fue Mr. de Chateaubriand víctima de la cólera ministerial.

»En 1824 ha vuelto á ser destituido Mr. de Chateaubriand, siendo sacrificado por MM. de Villele y Corbiere, ahora ministros. ¡Cosa extraña! En 1816 fue castigado por haber hablado; en 1824 se le castiga por haber callado: su crímen ha sido haber guardado silencio en la discusion sobre la ley de las rentas. Todos los disfavores no son desgracias: la opinion pública, supremo juez, nos dirá dónde debe colocarse á Mr. de Chateaubriand, y á quién ha sido mas fatal la ordenanza de este dia, si al vencedor ó al vencido.

»¿Quién nos habria dicho al abrirse la sesion que echaríamos á perder de esa manera todos los resultados de la empresa de España? ¿Qué necesitábamos este año? Nada mas que la ley sobre la septuanalidad, pero la ley completa, y los presupuestos. Los asuntos de España, del Oriente y de las Américas, conducidos como lo estaban prudentemente y en silencio, se habrian aclarado: teníamos ante los ojos el mas bello porvenir: se ha querido coger un fruto verde: no se ha caido, y se ha creido que se podria acelerar la precipitacion con la violencia.

»La cólera y la envidia son malos consejeros: no es con pasiones, ni caminando á saltos, como se gobiernan los Estados.

»P. D. En la cámara de los Diputados ha sido aprobada esta tarde la ley sobre la septuanalidad. Puede decirse que las doctrinas de Mr. de Chateaubriand

triunfan despues de su salida del ministerio. Esa ley, que este habia concebido hace mucho tiempo como complemento de nuestras instituciones, marcará para siempre con la guerra de España su paso en los negocios. Mucho se ha sentido que Mr. de Corbiere quitase el sábado el uso de la palabra al que entonces era su colega. La cámara de los Pares habria oido al menos el canto del cisne.

»En cuanto á nosotros, entramos con un pesar profundo en una senda de combates, de la que esperábamos haber salido para siempre por la union de los realistas; pero el honor, la fidelidad política, el bien de la Francia, no nos han permitido vacilar en el partido que debíamos abrazar.»

Asi quedó dada la señal de la reaccion. Mr. de Villele no se alarmó mucho en un principio, pues ignoraba la fuerza de las opiniones. Muchos años se necesitaron para echarle abajo, pero al fin cayó.

ÚLTIMOS BILLETES DIPLOMÁTICOS.

Recibí del presidente del consejo una carta, que lo arreglaba todo y probaba que con mi mucha sencillez yo no habia adquirido nada de lo que hace á un hombre respetado y respetable.

París 16 de junio de 1824.

«Señor vizconde: Me he apresurado á someter á S. M. el decreto por el que se os da un pleno resguardo por la sumas que habeis recibido del real tesoro para los gastos secretos durante todo el tiempo de vuestro ministerio.

»El rey ha aprobado todas las disposiciones de ese decreto, que tengo el honor de trasmitiros adjunto, original.

»Recibid, señor vizconde, etc.»

Mis amigos y yo entablamos una pronta correspondencia.

Mr. de Chateaubriand á Mr. de Talarn.

París 9 de junio de 1824.

«Ya no soy ministro, querido amigo: dícese que vos lo sereis. Cuando obtuve para vos la embajada de Madrid dije á muchas personas que lo recuerdan todavía:—«Acabo de nombrar á mi sucesor.» Deseo haber sido profeta. Mr. de Villele es el encargado de la cartera interinamente.

»CHATEAUBRIAND.»

Mr. de Chateaubriand á Mr. de Rayneval.

París 16 de junio de 1824.

«Yo he concluido, caballero, y espéro que vos tengais aun obra para largo tiempo. He procurado que no tuviéseis motivos de queja contra mí.

»Es posible que me retire á Neufchatel, en Suiza: si esto sucede, pedid por mí de antemano á S. M. prusiana su proteccion y sus bondades: ofreced mis respetos al conde de Bernstoff, mis afectos á Mr. Ancillon y mis recuerdos á todos vuestros secretarios. Vos, caballero, os ruego creais en mi estimacion y afecto muy sinceros.

»CHATEAUBRIAND.»

Mr. de Chateaubriand á Mr. de Caraman.

París 22 de junio de 1824.

«He recibido, señor marqués, vuestras cartas del 14 del corriente. Otros que yo os enseñaran el camino que habeis de seguir en lo sucesivo: si él es conforme á lo que habeis oido, os llevará lejos. Es probable que mi destitucion cause gran placer á Mr. de Metternich por unos quince dias.

»Recibid, señor marqués, mis respetos y la nueva seguridad de mi afecto y de mi alta consideracion.

»CHATEAUBRIAND.»

Mr. de Chateaubriand á Mr. Hyde de Neuville.

París 22 de junio de 1824.

«Sin duda habreis sabido mi destitucion. No me queda mas que deciros cuán feliz era en sostener con vos relaciones que acaban de romperse. Continuad, estimado y antiguo amigo mio, prestando servicios á vuestro país, pero no conteis demasiado con la gratitud, y no creais que vuestros triunfos sean una razon para manteneros en el puesto que tanto sabeis honrar.

»Os deseo, caballero, toda la felicidad que mereceis.

»P. D. Recibo en este momento vuestra carta de 5 del corriente, en que me anunciais la llegada de Mr. de Merona. Os doy gracias por vuestra amistad; podeis estar seguro de que no he buscado otra cosa en vuestras cartas.»

Mr. de Chateaubriand á Mr. el conde de Serre.

París 23 de junio de 1824.

«Mi destitucion os habrá probado, señor conde, que no puedo serviros: solo me es dado, pues, hacer votos por veros en el puesto debido á vuestro talento. Yo me retiro del mio, considerándome dichoso de haber contribuido á volver á la Francia su independencia militar y política, y á introducir la base de la duracion de siete años en el sistema electoral. No es tal como yo la habria querido, pues la variacion de edad era en él una consecuencia necesaria; pero en fin, el principio queda establecido, y el tiempo hará lo demás, si es que no deshace lo hecho. Me lisonjeo, señor conde, de que no os habran sido desagradables nuestras relaciones, y por mi parte me felicitaré siempre de haber encontrado en el servicio público un hombre de vuestro mérito.

»Recibid la seguridad de mi consideracion etc.

»CHATEAUBRIAND.»

Mr. de Chateaubriand á Mr. de la Ferronnays.

París 16 de junio de 1824.

«Si por casualidad os halláseis aun en San Petersburgo, señor conde, no quiero terminar nuestra correspondencia sin expresaros toda la estimacion y toda la amistad que me habeis inspirado. Conservaos bien, sed mas feliz que yo, y contad conmigo en cualquier circunstancia. Escribo una palabra al emperador.

»CHATEAUBRIAND.»

En los primeros dias de agosto recibí la respuesta á esta despedida. Mr. de la Ferronnays habia consentido en aceptar las funciones de embajador siendo yo

ministro: mas adelante, y á mi vez, fui yo embajador durante el ministerio de Mr. de la Ferronnays. Ni el uno ni el otro hemos creido descender ni elevarnos. Compatriotas y amigos, nos hemos hecho justicia mutuamente. Mr. de la Ferronnays ha sufrido las mas duras penas sin quejarse, y ha continuado fiel en medio de sus sufrimientos y de su noble pobreza. Despues de mi caida ha hecho por mí en San Petersburgo lo que yo hubiera hecho por él: un hombre honrado está siempre seguro de ser comprendido por otro que tambien lo es. Me complazco en consignar este testimonio del valor, de la lealtad y de la elevacion de alma de Mr. de la Ferronnays. En el momento en que recibí su carta me sirvió de una compensacion muy superior á los favores efímeros y caprichosos de la fortuna. Solo en este lugar me creo autorizado para violar por la primera vez el honroso secreto que la amistad me recomendaba guardar.

Mr. de la Ferronnays á Mr. de Chateaubriand.

San Petersburgo 4 de julio de 1824.

«El correo ruso llegado antes de ayer me ha traido vuestra cartita del 16. Ella es para mí el mas precioso testimonio de todos los que he tenido el honor de recibir de vos; la conservo, pues, como un título de honor, y tengo la firme esperanza y la íntima conviccion de que muy pronto podré presentárosla en circunstancias menos tristes. Imito, señor vizconde, el ejemplo que me dais, y no me permitiré ninguna reflexion sobre el suceso que acaba de romper de una manera tan brusca como inesperada las relaciones que el servicio habia establecido entre nosotros. La naturaleza misma de estas relaciones, la confianza con que me honrais, y en fin, consideraciones mucho mas graves, os explicarán suficientemente los motivos y toda la extension de mi sentimiento. Lo que acaba de pasar es aun enteramente inexplicable para mí; ignoro absolutamente las causas de ello, pero veo los efectos: era tan fácil, tan natural preverlos, que me he admirado de que no se haya temido arrostrarlos. Conozco, sin embargo, demasiado la nobleza de vuestros sentimientos y la pureza de vuestro patriotismo, para no estar bien seguro de que aprobareis la conducta que he creido deber seguir en estas circunstancias. Me la exigia mi deber, mi afecto á mi país, y aun el interés de vuestra gloria; y vos sois demasiado buen francés para aceptar en vuestra actual situacion la proteccion y el apoyo de los extranjeros. Vos habeis adquirido para siempre el derecho á la confianza y á la estimacion de la Europa; pero solo servís á la Francia; solo á ella perteneceis. Ella puede ser injusta; pero ni vos ni vuestros verdaderos amigos permitiran jamás que se haga menos pura y menos bella vuestra causa, confiando su defensa á los extranjeros. Yo he hecho, pues, callar toda especie de sentimientos y consideraciones particulares ante el interés general; al intento he evitado algunos pasos cuyo primer efecto debia ser suscitar entre nosotros divisiones peligrosas y atacar la dignidad del trono. Este es el último servicio que he hecho aquí antes de mi partida, y de que vos solo, señor vizconde, tendreis conocimiento. Os debo confianza, y conozco demasiado la nobleza de vuestro carácter para no estar bien seguro de que vos guardareis el secreto, y que hallareis la conducta observada por mí en esta circunstancia conforme á los sentimientos que teneis derecho de exigir de aquellos á quienes honrais con vuestra estimacion y vuestra amistad.

»Adios, señor vizconde: si las relaciones que he tenido el honor de sostener con vos han podido daros una idea exacta de mi carácter; debeis conocer que los cambios de posicion no pueden influir en mis sentimientos, y no dudareis jamás de la adhesion del que, en las circunstancias actuales, se considera muy dichoso en ser colocado por la opinion en el número de vuestros amigos.

»LA FERRONNAYS.

»P. D. MM. de Fontenay y de Pontcarré aprecian mucho el recuerdo que conservais de ellos. Testigos como yo del aumento de consideracion que la Francia habia adquirido desde vuestra entrada en el ministerio, es muy natural que participen de mis sentimientos.»

NEUFCHATEL EN SUIZA.

Despues de mi caida comencé inmediatamente el combate de mi nueva oposicion; pero interrumpida por la muerte de Luis XVIII, no prosiguió hasta despues de la consagracion de Carlos X. En el mes de junio me reuní en Neufchatel con Mad. de Chateaubriand, que habia ido allí á esperarme. Habia alquilado una casita de campo á la orilla de un lago, al Norte y Sud de la cual se extendia á una gran distancia la cordillera de los Alpes. La casita estaba situada al mismo pié del Jurá, cuyas perpendiculares cumbres, ennegrecidas por los pinos que vejetaban en ellas, parecian caer á plomo sobre nuestras cabezas. El lago estaba desierto, y una calle natural de bosques me servia de paseo. Allí me acordaba de milord Marechal. Cuando subia á la cima del Jurá distinguia el lago de Bienne, á cuyas olas agitadas por las brisas debió Juan Jacobo Rouseau una de sus mas felices inspiraciones. Mad. de Chateaubriand fué á visitar á Friburgo y una casa de campo que se nos habia pintado encantadora, y que halló poco atractiva y casi desierta, aunque se denominaba la pequeña Provenza. Un gato negro y flacucho, semi-fiero, que pescaba peces metiendo una pata en un gran charco lleno de agua del lago, era toda mi distraccion. Una vieja calmosa, que hacia constantemente media, nos disponia la comida en un hornillo sin moverse de su silla. Yo no habia perdido la aficion de comer á la manera del raton campesino.

Neufchatel tenia sus buenos dias; habia pertenecido á la duquesa de Longueville, y Juan Jacobo Rousseau se habia paseado por sus montes en traje de armenio. Mad. Charriere, tan delicadamente retratada por Mr. de Sainte-Beuve, habia descrito la sociedad en las cartas *Neufchatelesas*; pero *Juliana*, la señorita de *La Prise*, *Henrique Meyer* no estaban ya allí; yo no veia mas que al pobre *Fauché Borel*, antiguo emigrado: poco despues se arrojó por la ventana. Los jardines de Mr. Pomtalés, arreglados por la tijera, no me agradaban mas que una roca inglesa colocada por la mano del hombre en una viña cercana, frente al Jurá. Berthier, último príncipe de Neufchatel, estaba olvidado á pesar del pequeño Simplon del valle de Travers, y nadie habria hecho caso de él aun que se hubiese roto el cráneo de la misma manera que Fauché Borel.

MUERTE DE LUIS XVIII.—CONSAGRACION DE CARLOS X.

La enfermedad del rey me hizo volver á París. El rey murió el 16 de setiembre, cerca de cuatro meses despues de mi destitucion. Mi folleto, que tenia por título *El Rey ha muerto*: ¡*viva el rey*! en el que saludaba al nuevo soberano, produjo el mismo efecto en favor de Cárlos X que el que habia producido en favor de Luis XVIII el otro mio *De Bonaparte y los Borbones*. Fuí á Neufchatel á buscar á Mad. de Chateaubriand, y nos vinimos á aposentar en París, calle de Regard. Carlos X popularizó el principio de su reinado con la abolicion de la censura de la imprenta. La consagracion tuvo lugar en la primavera de 1825.

«Ya comenzaban las abejas á zumbar, los pájaros á cantar, y los corderillos á triscar.»

Entre mis papeles hallo las páginas siguientes, escritas en Reims:

Reims 26 de marzo de 1825.

«El rey llega pasado mañana: el domingo 29 será consagrado. Yo le veré poner sobre la cabeza una corona en que nadie pensaba en 1814 cuando alzé la voz en su favor. Yo he contribuido á abrirle las puertas de la Francia; yo le he proporcionado defensores, llevando á buen término los asuntos de España; yo he hecho adoptar la Carta y he sabido buscar un ejército, las dos únicas cosas con que el rey puede reinar en el interior como en el exterior. ¿Y qué papel me está reservado en su consagracion? El de un proscripto. Vengo á recibir entre la muchedumbre un cordon, antes de honor y raro, prodigado hoy, y que ni aun lo debo á Carlos X. Las personas á quienes he servido y colocado en posicion me vuelven la espalda. El rey tendrá mis manos entre las suyas, y cuando preste mi juramento me verá á sus piés sin conmoverse, como ve sin interés mi situacion. Pero ¿qué me importa? Nada. Libre de la obligacion de ir á las Tullerías, la independencia me lo compensa todo. Escribo esta página de mis memorias en el gabinete en que estoy olvidado, en medio de la agitacion y del movimiento que me cercan. Esta mañana he visitado á Saint-Remy y la catedral adornada de papel pintado. Yo habia formado una idea clara de este último edificio sin las decoraciones de la *Juana de Arc* de Schiller, que ví representar en Berlin: la maquinaria de un teatro me ha hecho ver á la orilla de la Sprée lo que el papel me ocultaba á la orilla de la Vesle. Por lo demás, yo he hallado mi diversion entre las antiguas razas, dasde Clovis con sus francos y su pichon bajado del cielo, hasta Carlos VII y Juana de Arc.

De mi tierra salí
no mayor que una bota
y he venido con mi.....
con mi... con mi marmota.

—«Un sueldo, caballero; que Dios os lo pagará.

Ved aquí lo que me ha cantado un chico saboyano que acababa de llegar á Reims:—¿«Y á qué has venido aquí? le he preguntado.—He venido á la consagracion, caballero.—¿Con tu marmota?—Sí, caballero; *con mi, con mi, con mi marmota*, me ha respondido bailando y dando vueltas.—Pues bien, lo mismo que yo, chico mio.» Esto no es exacto: yo habia venido á la consagracion sin marmota, y una marmota es un gran recurso: yo no tenia en mi maleta mas que alguna antigua conseja, por ver á la cual dar vueltas al rededor de un palo no me habria dado ningun pasajero ni un sueldo.

Luis XVII y Luis XVIII no fueron consagrados; la consagracion de Carlos X es la primera despues de la de Luis XVI. Carlos X asistió á la coronacion de su hermano; representaba al duque de Normandía, Guillermo el Conquistador. ¡Bajo qué felices auspicios subió al trono Luis XVI! ¡Cuán popular era al suceder á Luis XV! ¿Qué le sucedio, sin embargo? La consagracion actual será la imágen de una consagracion, no una verdadera consagracion. Veremos al mariscal Moncey, actor en la consagracion de Napoleon, y que en otro tiempo celebró en medio de su ejército la muerte del tirano Luis XVI; veremos á ese mariscal blandir la espada real en Reims, en calidad de conde de Flandes ó de duque de Aquitania. ¿A quién causará ilusion todo este aparato? Yo no hubiera querido ver hoy ninguna pompa, solamente el rey á caballo, la iglesia sin colgadudras, adornada nada mas que con sus antiguas bóvedas y sus viejos sepulcros, las dos cámaras presentes y el juramento de fidelidad á la Carta pronunciado en alta voz sobre los sagrados Evangelios. Este acto era la renovacion de la monarquía, y hubiera podido inaugurarse con la libertad y la religion. Desgraciadamente se amaba poco á la libertad. ¡Si al menos se hubiera tenido aficion á la gloria!

¿Qué podrán allá dentro de sus heladas tumbas
las generosas sombras de los reyes decir?
¿Qué dirán Faramundo, Clodion y Clodoveo
y Martel y Pipino y Carlos y Luis,
que á costa de su sangre y de guerra sin cuento
legaron á sus hijos tan hermoso país?

En fin, la reciente consagracion, en que el papa ha venido á ungir á un hombre tan grande como el gefe de la segunda raza, cambiando las cabezas, ¿no ha destruido el efecto de la antigua ceremonia de nuestra historia? El pueblo ha podido pensar que una ceremonia religiosa no consagraba á nadie al trono, ó hacia indiferente la eleccion de la frente á que se aplicase el óleo santo. Los figurantes de Nuestra Señora de París, representando el mismo papel en la catedral de Reims, solo seran los personajes obligados de una escena vulgar ya: en todo caso, la ventaja será de Napoleon, que ha dejado sus comparsas á Carlos X. La sombra del emperador lo domina todo en adelante. Ella se aparece en el fondo de los acontecimientos y de las ideas: los papeles de los míseros tiempos á que hemos llegado se encogen á las miradas de sus aguilas.»

Reims, sábado, víspera de la consagracion.

He visto entrar al rey; he visto pasar las carrozas doradas del monarca que en otro tiempo no tenia un caballo; he visto rodar esos carruajes atestados de cortesanos que no han sabido defender á su señor. Esta turba ha ido á la iglesia á cantar el *Te-Deum*, y yo he ido á ver una ruina romana y á pasearme solo en un bosque de olmos, llamado el *bosque del Amor*. Yo oia de lejos los repiques de las campanas, y miraba las torres de la catedral, testigo seculares de esta ceremonia, siempre la misma, y tan diversa, sin embargo, por la historia, los tiempos, las ideas, las costumbres, los usos y los trajes. La monarquía pereció, y la catedral se convirtió durante algunos años en caballeriza. Carlos X, que la vuelve á ver hoy, ¿se acuerda de que ha visto á Luis XVI recibir la Santa Uncion en el mismo lugar en que á su vez va á recibirla? ¿Creerá que una palabra basta para ponerse á cubierto de la desgracia? No hay mano que tenga bastante virtud para curar las escrófulas; no hay ampolla santa bastante saludable para hacer inviolables á los reyes.

RECIBIMIENTO DE LOS CABALLEROS DE LAS ORDENES.

Escribo apresuradamente lo que acabo de leer en las páginas de un folleto titulado *La Consagracion, por Barnage de Reims, abogado*, y en una carta impresa del gran refrendario, Mr. de Semonville, que dice:—«El gran refrendario tiene el honor de informar á su señoria, el señor vizconde de Chateaubriand, que hay asientos reservados en la catedral de Reims para aquellos señores pares que quieran asistir al dia siguiente de la consagracion y coronacion de S. M. á la ceremonia del recibimiento del gefe y soberano gran-maestre de las órdenes del Espíritu-Santo y de San Miguel, y al de los señores caballeros y comendadores de las mismas órdenes.»

Carlos X habia tenido, sin embargo, la intencion de reconcilarme con él. Hablándole en Reims el arzobispo de París de los hombres de la oposicion, el rey le habia dicho:—«¡Aquellos que no me quieran, los

abandono! El arzobispo replicó: —«Pero señor, ¿y Mr. de Chateaubriand?—En cuanto á ese, lo siento.» El arzobispo preguntó al rey si podia decírmelo: el rey vaciló, dió dos ó tres vueltas por la cámara, y respondió:—«Bien, si; decídselo;» pero el arzobispo se olvidó de ello.

En la ceremonia de los caballeros de las órdenes yo me hallé de rodillas á los piés del rey, en el momento en que Mr. de Villele prestaba juramento. Cruzé dos ó tres palabras políticas con mi compañero de caballería, con motivo de una pluma desprendida de mi sombrero. Levantámonos de los piés del príncipe, y todo quedó terminado. El rey, habiendo tenido alguna dificultad para quitarse sus guantes á fin de coger mis manos entre las suyas, me habia dicho riéndose:—«Gato con guantes no caza ratones.» Se creyó que me habia hablado mucho, y al instante se extendió la noticia de que empezaba yo á recobrar el favor real. Es probable que pensando Carlos X que el arzobispo me habia hablado de su buena voluntad, esperaba de mí alguna palabra de gracias, y que le chocó mi silencio.

Asi he asistido á la última consagracion de los sucesores de Clovis; yo la habia determinado con las páginas en que habia solicitado esta consagracion, y pintado en mi folleto *El rey ha muerto: ¡viva el rey!* no porque yo tuviese la menor fe en la ceremonia, sino porque faltándole todo á la legitimidad, era menester para sostenerla emplear todos los medios, valiesen lo que valieran. Yo recordaba en él esta defini-

DESTITUCION DE CHATEAUBRIAND.

cion de Adalberon: «La coronacion de un rey de Francia es un interés público, no un negocio particular: *Publica sunt hæc negotia, non privata;* y citaba la admirable oracion reservada para el acto de la consagracion: «¡Dios, que por tus virtudes aconsejas á tus pueblos, comunica á este, tu servidor, el espíritu de tu sabiduría! ¡Qué este dia sea el primero de una nueva era de equidad y de justicia para todos, de socorro para los amigos, de obstáculo para los enemigos, de consuelo para los elijidos, de correccion para los altivos, de enseñanza para los ricos, de compasion para los indigentes, de hospitalidad para los peregrinos, y de paz y de seguridad en la patria para los vasallos! Qué aprenda (el rey) á dominarse á sí mismo, á gobernar moderadamente á cada uno, segun su estado, á fin, ¡oh, Señor! de que pueda dar á todo el pueblo el ejemplo de una vida para tí agradable.»

Antes de haber reproducido en mi folleto *El rey ha muerto: ¡viva el rey!* esta oracion conservada por Tillet, habia yo dicho: «Suplicamos humildemente á Carlos X que imite á sus abuelos: treinta y dos soberanos de la tercera raza han recibido la uncion real.»

Habiendo llenado todos mis deberes, dejé á Reims.

y pude decir, como Juana de Arc: —«Mi mision está acabada.»

REUNO EN TORNO MIO Á MIS ANTIGUOS ADVERSARIOS.—MI PÚBLICO CAMBIA.

Paris habia visto sus últimas fiestas: la época de indulgencia, de reconciliacion, de favor habia pasado; la triste verdad quedaba solo ante nosotros.

Cuando en 1820 la censura puso fin á *El Conservador*, yo no esperaba volver á emprender siete años despues la misma polémica bajo otra forma y por medio de otra prensa. Los hombres que combatian conmigo en *El Observador*, reclamaban como yo la libertad de pensar y de escribir; estaban en la oposicion y en desgracia como yo, y se llamaban mis amigos. Llegados al poder en 1820, aun mas por mis trabajos que por los suyos, atacaron la libertad de la prensa; de perseguidos, se hicieron perseguidores, dejaron de ser y llamarse mis amigos, y sostuvieron que la licencia de la prensa no habia empezado hasta el 6 de junio de 1824, dia de mi salida del ministerio. Tenian poca memoria; si hubiesen vuelto á leer las opiniones que habian emitido, los artículos que escribieron contra otro ministerio y en favor de la libertad de la prensa, se habrian visto obligados á convenir que en 1811 y 1819 eran al menos los segundos gefes de la licencia.

LL DUQUE DE ANGULEMA.

Por otro lado, mis antiguos adversarios se me unieron. Intenté atraer los partidarios de la independencia al trono legítimo con mas éxito que adherí á la Carta á los servidores del trono y del altar. Mi público habia cambiado. Yo estaba obligado á advertir al gobierno los peligros del absolutismo, despues de haberle precavido contra el desencadenamiento popular. Acostumbrado á respetar á mis lectores, yo no les dí una línea que no estuviese escrita con todo el cuidado de que yo era capaz: algunos de estos opúsculos de un dia me ha costado mas trabajo en proporcion que las mas largas obras salidas de mi pluma. Mi vida era sumamente ocupada. El honor y mi país me llamaron de nuevo al campo de batalla. Yo habia llegado á la edad en que los hombres tienen necesidad de descanso, pero si hubiese juzgado mis años por el odio cada vez mayor que me inspiraban la opresion y la bajeza, hubiera podido creerme rejuvenecido.

Yo reuní á mi alrededor una sociedad de escritores para dar forma y conjunto á mis combates. Habia entre ellos algunos pares, diputados, magistrados y jóvenes autores que comenzaban su carrera. Vinieron entonces á mi casa MM. de Montalivet, Salvandy, Duvergier de Hauranne y otros muchos que fueron mis discípulos y hoy proclaman bajo la monarquía como cosas nuevas las que yo les habia enseñado y se hallan en todas las páginas de mis escritos. Mr. de Montalivet ha llegado á ser ministro de lo Interior y favorito de Luis Felipe: los hombres que gustan de seguir las variaciones de la suerte hallarán este billete bastante curioso.

«Señor vizconde: Tengo el honor de enviaros la nota de los errores que he hallado en el cuadro de sentencias del tribunal real que os ha sido comunicado. Yo las he verificado de nuevo, y creo poder responder de la exactitud de la lista adjunta.

»Dignaos, señor vizconde, recibir el homenaje del profundo respeto con que tiene el honor de ser vuestro muy adicto colega y sincero admirador:

»MONTALIVET.»

Esto no ha impedido á mi *respetuoso colega y sincero admirador*, el señor conde de Montalivet, en su tiempo tan gran partidario de la prensa, haberme hecho encerrar como autor de esta libertad en la cárcel de Mr. Gisquet.

Un resúmen de mi nueva polémica, que duró cinco años, pero que acabó por triunfar, hará conocer la fuerza de las ideas, aun contra los hechos apoyados por el poder. Mi caida fue el 6 de junio de 1824; el 21 estaba yo en la arena, en la que permanecí hasta el 18 de diciembre de 1826: entré solo en ella despojado y desnudo, y salí victorioso. Esta es la historia

que formo aquí haciendo un extracto de los argumentos que empleé.

EXTRACTO DE MI POLÉMICA DESPUES DE MI CAIDA.

«Hemos tenido el honor y el denuedo de hacer una guerra peligrosa en medio de la libertad de la prensa, y era la primera vez que la monarquía disfrutaba de este noble espectáculo. Pero bien pronto nos hemos arrepentido de nuestra lealtad. Se habian permitido los periódicos cuando no podian dañar mas que al triunfo de nuestros soldados y de nuestros capitanes; y ha sido necesario sujetarlos cuando han osado hablar de los gobernantes y de los ministros.

»Si los que dirigen el Estado parecen ignorar completamente el genio de la Francia en las cosas formales, no son menos extraños á las gracias y adornos que se mezclan, para embellecerla, á la vida de las naciones civilizadas.

»Las liberalidades que el gobierno legítimo hace á las artes exceden á los socorros que les concedia el gobierno usurpador; pero, ¿cómo se reparten? Consagrados al olvido por carácter y por aficion los dispensadores de esas liberalidades parecen tener antipatía á la celebridad; su oscurantismo es tan invencible, que aproximándose á las luces, las oscurecen; diríase que derraman el dinero sobre las artes para acabar con ellas, como sobre nuestras libertades, para ahogarlas.

»Pero aun si la estrecha máquina en que se oprime á la Francia se pareciese á esos modelos perfectos que se examinan con cristales de aumento en el gabinete de los aficionados, la delicadeza de esta curiosidad podria interesar un momento; pero lejos de eso no es simplemente mas que una cosa muy pequeña y peor hecha.

»Hemos dicho que el sistema que sigue hoy la administracion mortifica el genio de la Francia: vamos á demostrar que desconoce igualmente el espíritu de nuestras instituciones.

»La monarquía se ha restablecido sin esfuerzo en Francia, porque es fuerte en toda nuestra historia, porque lleva la corona una familia que casi ha visto nacer á la nacion, que la ha formado, civilizado, que la ha dado todas sus libertades, que la ha hecho inmortal; pero el tiempo ha reducido esta monarquía á lo que tiene en sí de real. La edad de las ficiones ha pasado en política; ya no es posible un gobierno de adoracion, de culto y de misterio: todos conocen sus derechos; nada es posible fuera de los límites de la razon; y hasta el favor, última ilusion de las monarquías absolutas, todo es pesado y apreciado en la actualidad.

»No nos engañamos; una nueva era comienza para las naciones: ¿será mas feliz? Solo la Providencia lo sabe. En cuanto á nosotros, solo nos es dado prepararnos para los acontecimientos del porvenir. No nos figuremos que podemos retrogradar: solo hay salvacion para nosotros en la carta.

»La monarquía constitucional no ha nacido entre nosotros de un sistema escrito, aunque tenga un código impreso; es hija del tiempo y de los acontecimientos, como la antigua monarquía de nuestros padres.

»¿Por qué la libertad no se mantiene en el edificio levantado por el despotismo, y en el que ha dejado huellas? La victoria, adornada aun de los tres colores, se ha refugiado en la tienda del duque de Angulema: la legitimidad habita el Loubre, aunque vea aun en él las águilas.

»En una monarquía constitucional se respetan las libertades públicas, y se las considera como la salvaguardia del monarca, del pueblo y de las leyes.

»Nosotros entendemos de otra manera el gobierno representativo. Se forma una compañía (y hasta se dice dos compañías rivales, porque la concurrencia es necesaria) para corromper la prensa periódica á peso de oro. No se teme sostener procesos escandalosos contra propietarios que no han querido venderse, y se querria obligarlos á que se vendiesen por sentencia de los tribunales. Los hombres de honor repugnan el oficio de sostener á un ministerio realista, y se echa mano al intento de libelistas que han perseguido á la familia real con sus calumnias. Reclútase á todos los que han servido en la antigua policía y en las antesalas imperiales, como cuando entre nuestros vecinos se quieren recoger marineros se hace una leva en las tabernas y en los lugares sospechosos. La chusma de escritores libres se embarca en cinco ó seis periódicos y lo que ellos dicen se llama *opinion pública* entre los ministros.»

Ved aquí un resúmen muy abreviado de mi polémica en mis folletos y en el *Diaro de los Debates*: en él se hallan todos los principios que se proclaman hoy.

REHUSO LA PENSION DE MINISTRO DE ESTADO QUE ME QUIEREN DEVOLVER.—COMITÉ GRIEGO.—BILLETE DE MR. MOLÉ.—CARTA DE CANARIS Á SU HIJO.—MADAMA RECAMIER ME ENVIA EL EXTRACTO DE OTRA CARTA.—MIS OBRAS COMPLETAS.

Cuando me lanzaron del ministerio no se me devolvió la pension, ni la reclamé; pero Mr. de Villele, en vista de una observacion del rey, se acordó expedir una nueva órden relativa á este objeto: yo la rehusé, pues ó tenia derecho á disfrutar mi primera pension, ó no lo tenia: en el primer caso, no habia necesidad de que se me diese nuevo despacho, y en el segundo, no queria yo convertirme en pensionista del presidente del consejo.

Los griegos sacudieron el yugo que los oprimia, y se formó en París un comité, del cual formé parte, y que se reunia en casa de Mr. Ternaux, plaza de las Victorias: los miembros de él llegaban sucesivamente al sitio de las deliberaciones, y el general Sebastiani declaraba, despues de sentarse, que se iba á tratar *de un gran negocio*: la verdad era que el negocio se prolongaba demasiado, lo que desagradaba en gran manera á nuestro verdadero presidente, Mr. Ternaux, quien deseaba regalar un chal á Aspasia, pero sin perder el tiempo con ella. Las comunicaciones de Mr. Fabvier incomodaban mucho al comité, porque en ellas nos regañaba fuertemente, haciéndonos responsables de todo lo que no se resolvia con arreglo á sus miras, aunque bien sabia él que nosotros no habíamos ganado la batalla de Maraton. Por mi parte me dediqué con ardor á la libertad de la Grecia, pues al hacerlo creia llenar un deber filial: escribí, pues, una *nota*, y me dirigí á los sucesores del emperador de Rusia, como me habia dirigido á él mismo en Verona: dicha *nota* se imprimió y reimprimió despues al frente del *Itinerario*.

En el mismo sentido trabajé en la cámara de los Pares para poner en movimiento un cuerpo político. El siguiente billete de Mr. Molé patentiza los obstáculos que yo encontraba y los medios indirectos de que tenia que valerme:

«Mañana en la apertura nos tendreis á todos dispuestos á seguir vuestros pasos, y voy á escribir á Lainé, si antes no le veo. Es preciso no dejarle prever sino que se trata de pronunciar algunas frases respecto á los griegos; pero tened cuidado con que no os opongan los límites en que debe encerrarse una enmienda, á fin de que no puedan rechazar la vuestra con el reglamento en la mano. Tal vez os diran que dejeis la proposicion en la mesa, lo cual podreis hacer sin inconveniente despues de decir todo cuanto os parezca oportuno. Pasquier ha estado bastante enfermo, y tal vez no podrá levantarse mañana. En cuanto al escrutinio, lo ganaremos; pero lo que vale mas que esto es el arreglo que habeis hecho con vuestros editores. Verdaderamente es magnífico y consolador encontrar por medio del talento todo lo que la injusticia y la ingratitud de los hombres nos habia quitado.

»Siempre vuestro,

»MOLÉ.»

La Grecia ha quedado al fin libre del yugo del islamismo; pero en vez de una república federativa, como yo deseaba, se ha establecido en Atenas una monarquía bávara. Y como los reyes no tienen memoria, yo, que creo haber servido algo á la causa de los Argivos, solo he oido hablar de ellos en las obras de Homero. La Grecia libertada ni aun me ha dicho: «Te doy las gracias,» é ignora mi nombre tanto ó mas que cuando lloraba sobre sus ruinas al atravesar el desierto.

La Grecia, aun no monárquica, fue mas agradecida: entre algunos niños que el comité hacia educar se encontraba el jóven Cánaris; su padre, digno rival de los marinos de Mycale, le escribió un billete, que el jóven tradujo en francés en el blanco que quedaba debajo de lo escrito:

«Mi querido hijo: Ningun griego ha tenido tanta dicha como tú; la de ser escogido por la sociedad bienhechora, que se interesa por nosotros, para que aprendas los deberes del hombre. Yo te he dado la vida; pero esas personas recomendables te daran la educacion, que te hará ser hombre. Muéstrate dócil á los consejos de esos nuevos padres, si quieres servir de consuelo en sus últimos momentos al que te dió el ser. Tu padre,

»C. CANARIS.»

Napoli de Romania, 5 de setiembre de 1825.

He conservado el doble texto de esta carta, como lo recompensa del comité griego.

La Grecia republicana habia ya manifestado su sentimiento particular cuando salí del ministerio, y madama Recamier me escribió desde Nápoles el 29 de octubre de 1824 lo que sigue:

«He recibido de Grecia una carta que ha dado un largo rodeo antes de llegar á mi poder. En ella hay algunas líneas que os conciernen y que voy á trascribiros. Dicen así:

«Ha llegado aquí el decreto del 6 de junio, y ha producido entre los gefes la mas viva sensacion, pues habiendo puesto sus esperanzas en la generosidad de la Francia, se preguntan con inquietud lo que significa y presagia la destitucion de un hombre cuyo carácter les prometia seguro apoyo.»

»O yo me engaño mucho, ó este homenaje debe agradaros.»

Pronto se leerá la vida de Mad. Recamier, y se conocerá cuán lisonjero debia serme recibir este recuerdo de la patria de las Musas, por conducto de una mujer, que la hubiera embellecido.

En cuanto al billete de Mr. Molé, que ya he copiado, se referia al contrato que hice respecto á la publicacion de mis *obras completas*. Este contrato hubiera debido, en efecto, asegurar la tranquilidad de mi vida; pero me ha salido mal, aunque ha sido ventajoso para los editores, á quienes ha dejado mis obras monsieur Ladvocat, despues de su quiebra. En tratándose de Pluto ó de Pluton, pues los mitólogos los confunden, soy como Alcestes, *y siempre estoy viendo la barca fatal*; soy, como Pitt, y sírvame este nombre de excusa, un canasto lleno de agujeros; pero estos agueros no soy yo quien los ha hecho. A fin del prefacio de mis obras completas, edicion de 1826, hice este apóstrofe á la Francia.

¡Oh Francia! *mi amado pais y mi primer amor*, uno de tus hijos al terminar su carrera agrupa bajo tu vista los títulos porque se juzga acreedor á tu benevolencia. Si no le es dado ya hacer nada en tu obsequio, tú en recompensa lo puedes todo respecto de él declarando que su afecto á tu religion, á tu rey y á tus libertades te fue grato. Ilustre y hermosa patria, yo no habria deseado adquirir gloria mas que para aumentar la tuya.

MANSION EN LAUSANNA.

Hallándose enferma Mad. de Chateaubriand, hizo un viaje al Mediodía de la Francia; pero no le probó bien, y volvió á Lyon, donde la confinó el doctor Prunelle. Fuí á reunirme con ella, y la llevé á Lausanna, quedando desmentidos allí los pronósticos del facultativo. Me alojé unas veces en casa de Mr. de Sivry y otras en casa de Mad. de Cottens, mujer afectuosa, instruida y desgraciada, y vi á Mad. de Montolieu, que vivia retirada en una elevada colina debilitándose entre novelescas ilusiones, como Mad. de Genlis, su contemporánea. Gibbon escribió en mi puerta su historia del imperio romano.

Entre los escombros del Capitolio, decia, el 27 de junio de 1787 formé el proyecto de una obra, cuyos incidentes han ocupado y divertido mas de veinte años de mi vida.

Mad. Stael se habia presentado en Lausanna con Mad. Recamier, y toda la emigracion, todo un mundo pasado se habia detenido algunos instantes en aquella ciudad risueña y triste, especie de imitacion de Granada. Mad. de Duras ha dejado el recuerdo de ella en sus *Memorias*, y el siguiente billete me informó de la nueva pérdida á que estaba condenado:

BEX 15 de Julio de 1826.

«Todo ha concluido, y vuestra amiga ya no existe, habiendo entregado su alma á Dios sin agonía, esta mañana á las once menos cuarto. Ayer por la tarde paseó en carruaje, y nada anunciaba un fin tan próximo. ¿Qué digo? Nadie pensaba que su enfermedad debiese terminar así. Mr. de Custine, á quien el dolor no permite escribiros, estuvo ayer por la mañana en una de las montañas que rodean á Bex, á fin de encargar leche de vacas para su querida enferma.

»Me es imposible entrar por hoy en mas largos pormenores: nos estamos disponiendo para volver á Francia con los restos preciosos de la mejor de las madres y de las amigas. Enguerrando descansará entre sus dos madres.

»Pasaremos por Lausanna, y Mr. de Custine irá á buscaros en cuanto lleguemos.

»Recibid etc.

»BERSTÉCHER.»

Las *Cartas escritas en Lausanna*, obra de Mad. de Charriere, pintan bien la escena que se me presentaba todos los dias y los sentimientos de grandeza que inspiraba. «Descanso solitaria, dice la madre de Cecilia, enfrente de una ventana que cae sobre el lago. Montañas, nieve y sol, yo os doy las gracias por todos los placeres que me proporcionais. Yo te saludo, autor de todo cuanto veo, por haber creado tan agradables magnificencias. ¡Bellezas sublimes de la naturaleza! ¡Todos los dias os admiran mis ojos; todos los dias suspira por vuestros encantos mi corazon agradecido!»

En Lausanna empecé las *observaciones* sobre la